

vuelve ninguna idea positiva, que nada esplica, nada determina; al ensayar este, se le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamacion; y es porque era el suyo: *Protestantismo* (3).

En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida: negad con los luteranos el libre albedrío, renovad con los arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechadla luego con los zuinglianos y calvinistas; si quereis negad con los socinianos la divinidad de Jesucristo, adheríos á los episcopales ó á los puritanos, daos si os viniere en gana á las estravagancias de los cuákeros, todo esto nada importa: no dejais por ello de ser protestante, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan anchuroso del que apenas podreis salir por grandes que sean vuestros estravíos: es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de las puertas de la Ciudad Santa (4).

---

## CAPITULO II.

---

**P**ERO, ¿cuáles fueron las causas de que apareciese en Europa el Protestantismo, y de que tomase tanta estension é incremento? Digna es por cierto tal cuestion de ser examinada con mucho detenimiento, ya por la importancia que encierra en sí propia, ya tambien porque llamándonos á investigar el origen de semejante plaga, nos guia al lugar mas á propósito para que podamos formarnos una idea mas cabal de la naturaleza y relaciones de ese fenómeno, tan observado como mal definido.

Cuando á efectos de la naturaleza y tamaño del Protestantismo se trata de señalarles sus causas, es poco conforme á razon el recurrir á hechos de poca importancia; ya porque lo sean de suyo, ó porque estén limitados á determinados lugares y circunstancias. Es un error el suponer que de causas muy pequeñas, pudiesen resultar efectos muy grandes; pues que si bien es ver-

dad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, tambien lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son espresiones de significado muy diferente. Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio; pero es porque encuentra abundancia de materias inflamables. Lo que es general ha de tener causas generales, lo que es muy duradero y arraigado causas muy duraderas y profundas. Esta es una ley constante así en el orden moral como en el fisico, pero ley cuyas aplicaciones son muy difíciles, particularmente en el orden moral; pues en él á veces están las cosas grandes encubiertas con velos tan modestos, está cada efecto enlazado con tantas causas, y por medio de tan delicadas hebras y tan complicada contestura, que al ojo mas atento y perspicaz, ó se le escapa enteramente, ó se le pasa como cosa liviana y de poco resultado, lo que tenia tal vez la mayor importancia é influjo: y al contrario, andan las cosas pequeñas tan cubiertas de oropel, tan adornadas y relumbrantes, tan acompañadas de ruidoso cortejo, que es muy fácil que engañen al hombre, ya muy propenso de suyo á juzgar por meras apariencias.

Insistiendo en los principios que acabo de asentar, no puedo inclinarme á dar mucha importancia, ni á la rivalidad escitada por la predicacion de las indulgencias, ni á las demasías que pudieran cometer en esta materia algunos subalternos: pudo todo esto ser una ocasion, un pretexto, una señal de combate, pero en sí era muy poca cosa para poner en conflagracion el mundo. Aunque tal vez sea mas plausible, no es sin embargo mas puesto en razon, el buscar las causas del nacimiento y estension del Protestantismo en el carácter y circunstancias de los primeros novadores. Ponderase con énfasis la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero; y hácese notar cuán á propósito eran para inflamar el ánimo de los pueblos, arrastrarlos en pos de los nuevos errores, é inspirarles encarnizado odio contra la Iglesia Romana; encarécense no menos la sofística astucia, el estilo metódico, la espresion elegante de Calvino, calidades muy adaptadas para dar una aparente regularidad á la informe masa de errores que enseñaban los nuevos sectarios, poniéndola mas en estado de ser abrazada por personas de mas fino gusto, y á este tenor se van trazando cuadros mas ó menos verídicos de los

talentos y demas calidades de otros hombres: ni á Lutero, ni á Calvino, ni á ninguno de los principales fundadores del Protestantismo, trato de disputarles los títulos con que adquirieron su triste celebridad; pero me parece que el insistir mucho sobre las calidades personales, y el atribuir á estas la principal influencia en el desarrollo del mal, es no conocerle en toda su estension, es no evaluar toda su gravedad, y es ademas olvidar lo que nos ha enseñado la historia de todos los tiempos.

En efecto: si miramos con imparcialidad á aquellos hombres, nada encontraremos en ellos de tan singular que no se halle con igualdad, ó con esceso, en casi todas las cabezas de secta. Sus talentos, su erudicion, su saber, todo ha pasado ya por el crisol de la crítica; y ni entre los católicos ni entre los protestantes, se halla ya nadie instruido é imparcial, que no tenga por exageraciones de partido las desmedidas alabanzas que se les habian tributado. Bajo todos aspectos ya se les considera solo en la clase de aquellos hombres turbulentos, que reúnen las circunstancias necesarias para provocar trastornos. Desgraciadamente, la historia de todos tiempos y paises y la esperiencia de cada dia, nos enseñan que esos hombres son cosa muy comun, y que aparecen donde quiera que una funesta combinacion de circunstancias ofrezca ocasion oportuna.

Cuando se ha querido buscar otras causas, que por su estension é importancia estuvieran mas en proporcion con el Protestantismo, se han señalado comunmente dos: la *necesidad de una reforma*, y el *espíritu de libertad*. “Habia muchos abusos, han dicho algunos, se descuidó la reforma legitima, y este descuido provocó la revolucion.” “El entendimiento humano estaba en cadenas, han dicho otros, quiso quebrantarlas; y el Protestantismo no fué otra cosa que *un esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, un vuelo atrevido del pensamiento humano*.” Por cierto que á esas opiniones no puede tachárselas de que señalen causas pequeñas, y cuya influencia se circunscriba á espacio breve; y hasta en ambas se encuentra algo que es muy á propósito para atraerles prosélitos. Ponderando la una la necesidad de una reforma, abre anchuroso campo para reprender la inobservancia de las leyes y la relajacion de las costumbres; y esto escita siempre simpatías en el corazon del hombre, indulgente cuando se trata de los deslices propios, pero severo é inexorable con los

agenos; y pronunciando la otra las deslumbradoras palabras de *libertad*, de *atrevido vuelo del espíritu*, puede estar siempre segura de hallar dilatado eco, pues que este no falta jamás á la palabra que lisonjea el orgullo.

No trato yo de negar la necesidad que á la sazón habia de una reforma; convengo en que era necesaria; bastándome para esto el dar una ojeada á la historia, el escuchar los sentidos lamentos de grandes hombres, mirados por la Iglesia como hijos muy predilectos; y sobre todo, me basta leer en el primer decreto del Concilio de Trento que uno de los objetos del concilio, era la *reforma del clero y del pueblo cristiano*; me basta oír de boca del papa Pío IV en la confirmacion del mismo Concilio, que uno de los objetos para que se habia celebrado, era la *correccion de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina*. Sin embargo, y á pesar de todo esto, no puedo inclinarme á dar á los abusos tanta influencia en el nacimiento del Protestantismo como le han atribuido muchos; y á decir verdad, me parece muy mal resuelta la cuestion, siempre que para señalar la verdadera causa del mal, se insiste mucho sobre los funestos resultados que habian de traer consigo los abusos; así como por otra parte no me satisfacen las palabras de *libertad* y *atrevido vuelo del pensamiento*. Lo diré paladinamente: por mas respeto que se merezcan algunos de los hombres que han dado tanta importancia á los abusos, por mas consideraciones que tenga á los talentos de otros que han apelado al espíritu de libertad, ni en unos ni en otros encuentro aquel análisis filosófico é histórico á la par, que no se aparta del terreno de los hechos, sino que los examina y alumbra, mostrando la íntima naturaleza de cada uno, sin descuidar su enlace y encañamiento.

Se ha divagado tanto en la definicion del Protestantismo y en el señalamiento de sus causas, por no haberse advertido que no es mas que un hecho comun á todos los siglos de la historia de la Iglesia, pero que tomó su *importancia y peculiares caracteres de la época en que nació*. Con esta sola consideracion, fundada en el testimonio constante de la historia, y confirmada por la razon y la esperiencia, todo se allana, todo se aclara y esplica: nada hemos de buscar en sus doctrinas, ni en sus fundadores, de extraordinario ni singular: porque todo lo que tiene de característico, todo proviene de que nació en *Europa y en el siglo XVI*.

Desenvolveré este pensamiento, no echando mano de raciocinios aéreos, que solo estriben en suposiciones gratuitas, sino apelando á hechos que nadie podrá contestar.

Es innegable que el principio de sumision á la autoridad en materias de fé, ha encontrado siempre mucha resistencia por parte del espíritu humano. No es este el lugar de señalar las causas de esta resistencia; causas que en el curso de esta obra me propongo analizar: me basta por ahora consignar el hecho, y recordar á quien lo pusiere en duda, que la historia de la Iglesia va siempre acompañada de la historia de las heregías. Conforme á la variedad de tiempos y paises, el hecho ha presentado diferentes fases: ora haciendo entrar en torpe mezeolanza el judaísmo y el cristianismo, ora combinando con la doctrina de Jesucristo los sueños de los orientales, ora alterando la pureza del dogma católico con las cavilaciones y sutilezas del sofista griego: es decir, presentando diferentes aspectos segun ha sido diferente el estado del espíritu humano. No ha dejado empero este hecho de tener dos caracteres generales, que han manifestado bien á las claras que el origen es el mismo, á pesar de ser tan vario el resultado en su naturaleza y objeto. Estos caracteres son: *el odio á la autoridad de la Iglesia y el espíritu de secta.*

Bien claro es, que si en cada siglo se habia visto nacer alguna secta que se oponia á la autoridad de la Iglesia, y erigia en dogmas las opiniones de sus fundadores, no era regular que dejase de acontecer lo mismo en el siglo XVI; y atendido el carácter del espíritu humano, me parece que si el siglo XVI hubiera sido una escepcion de la regla general, tendríamos actualmente una cuestion bien difícil de resolver, y seria: ¿cómo fué posible que no apareciese en aquel siglo ninguna secta? Pues bien: una vez nacido en el siglo XVI un error cualquiera, sea cual fuere su origen, su ocasion y pretesto; luego que se haya reunido en torno de la nueva enseña una porcion de prosélitos, veo ya el Protestantismo en toda su estension, en toda su trascendencia, con todas sus divisiones y subdivisiones, con toda su audacia y energía para desplegar un ataque general contra cuantos puntos de dogma y de disciplina se enseñen y observen en la Iglesia. En vez de Lutero, de Zuinglio, de Calvino, poned si os place á Arrio, á Nestorio, á Pelagio; en lugar de los errores de aquellos, enseñad si quereis los de estos: todo será indiferente, porque to-

do tendrá un mismo resultado. El error escitará desde luego simpatías, encontrará defensores, acalorará entusiastas, se estenderá, se propagará con la rapidez de un incendio, se dividirá luego, y tomarán sus chispas direcciones muy diferentes; todo se defenderá con aparato de erudicion y de saber, variarán de continuo las creencias, se formularán mil profesiones de fé, se cambiará ó anodará la liturgia, y haránse mil trozos los lazos de la disciplina: es decir, tendreis *el Protestantismo.* ¿Y cómo es que en el siglo XVI haya de tomar el mal tanta gravedad, tanta estension y trascendencia? Porque la sociedad de entónces es muy diferente de todas las anteriores, y lo que en otras épocas pudiera causar un incendio parcial, habia de acarrear en ésta una conflagracion espantosa. Componíase la Europa de un conjunto de sociedades inmensas, que, como formadas en una misma matriz, tenian mucha semejanza en ideas, costumbres, leyes é instituciones; habíase entablado por consiguiente entre ellas una viva comunicacion, ora escitada por rivalidades, ora por comunidad de intereses; en la generalidad de la lengua latina existia un medio que facilitaba la circulacion de toda clase de conocimientos; y sobre todo, acababa de generalizarse un rápido vehículo, un medio de esplotacion, de multiplicacion y expansion de todos los pensamientos y afectos; un medio que poco antes saliera de la cabeza de un hombre, como un resplandor milagroso preñado de colosales destinos: *la imprenta.*

Tal es el espíritu humano, tal su volubilidad, tanto el apego que cobra fácilmente á toda clase de innovaciones, tal el placer que siente en abandonar los antiguos rumbos para seguir otros nuevos, que una vez levantada la enseña del error, era imposible que no se agrupasen muchos en torno de ella. Sacudido el yugo de la autoridad en paises donde era tan vasta, tan activa la investigacion, donde fermentaban tantas discusiones, donde bullian tantas ideas, donde germinaban todas las ciencias, ya no era dable que el vago espíritu del hombre se mantuviera fijo en ningún punto, y debian por precision pulular un hormiguero de sectas, marchando cada uno por su camino, á merced de sus ilusiones y caprichos. Aquí no hay medio; las naciones civilizadas, ó serán católicas, ó recorrerán todas las fases del error; ó se mantendrán aferradas al áncora de la autoridad, ó desplegarán un ataque general contra ella, combatiéndola en sí misma, y en cuanto

enseña ó prescribe. El hombre cuyo entendimiento está despejado y claro, ó vive tranquilo en las apacibles regiones de la verdad, ó la busca desasosegado é inquieto; y como estribando en principios falsos siente que no está firme el terreno, que está mal segura y vacilante su planta, cambia continuamente de lugar, saltando de error en error, de abismo en abismo. El vivir en medio de errores, y estar satisfecho de ellos, y trasmitirlos de generacion en generacion, sin hacer modificacion ni mudanza, es propio de aquellos pueblos que vegetan en la ignorancia y envilecimiento; allí el espíritu no se mueve porque duerme.

Colocado el observador en este punto de vista, descubre el Protestantismo tal cual es en sí; y como domina completamente la posicion, ve cada cosa en su lugar, y puede por tanto apreciar su verdadero tamaño, descubrir sus relaciones, estimar su influencia, y explicar sus anomalías. Entonces situados los hombres en su lugar, y comparados con el vasto conjunto de los hechos, aparecen en el cuadro como figuras muy pequeñas, que podrian muy bien ser sustituidas por otras, que nada importa que estuvieran un poco mas acá, ó un poco mas allá, que era indiferente que tuviesen esta ó aquella forma, este ó aquel colorido; y entonces salta á los ojos que el entretenerse mucho en ponderar la energía de carácter, la fogosidad y audacia de Lutero, la literatura de Melancton, el talento sofístico de Calvino, y otras cosas semejantes, es desperdiciar el tiempo y no explicar nada. Y en efecto; ¿qué eran todos esos hombres y otros corifeos? ¿Tenian acaso algo de extraordinario? ¿No eran por ventura tales como se los encuentra con frecuencia en todas partes? Algunos de ellos ni escudieron siquiera de la raya de medianos; y de casi todos puede asegurarse que si no hubieran tenido celebridad funesta, la hubieran tenido muy escasa. Pues ¿por qué hicieron tanto? Porque encontraron un monton de combustible y le pegaron fuego: ya veis que esto no es muy difícil; y sin embargo, ahí está todo el misterio. Cuando veo á Lutero loco de orgullo, precipitarse en aquellos delirios y extravagancias que tanto lamentaban sus propios amigos; cuando le veo insultar groseramente á cuantos le contradicen, indignarse contra todo lo que no se humilla en su presencia; cuando le oigo vomitar aquel torrente de dicerios soeces, de palabras inmundas, apenas me causa otra impresion que la de lástima: este hombre que tiene la singular ocurrencia de lla-

marse *Notharius Dei*, desvaria, tiene medio perdido el juicio, y no es extraño; porque ha soplado, y con su soplo se ha manifestado un terrible incendio; es que habia un almacen de pólvora, y su soplo le ha aproximado una chispa; y el insensato que en su ceguera no lo advierte, dice en su delirio: *muy poderoso soy; mirad, mi soplo es abrasador, pone en conflagracion el mundo:*

Y los abusos ¿qué influencia tuvieron? Si no abandonamos el mismo punto de vista en que nos hemos colocado, veremos que dieron tal vez alguna ocasion, que suministraron algun pábulo, pero que están muy lejos de haber ejercido la influencia que se les ha atribuido. Y no es porque trate ni de negarlos ni de excusarlos; no es porque no haga el debido caso de los lamentos de grandes hombres; pero no es lo mismo llorar un mal, que señalar y analizar su influencia. El varon justo que levanta su voz contra el vicio, el ministro del santuario devorado por el celo de la Casa del Señor, se espresan con acento tan alto y tan sentido, que no siempre sus quejas y gemidos pueden servir de dato seguro para estimar el justo valor de los hechos. Ellos sueltan una palabra que sale del fondo de su corazon; sale abrasada porque arde en sus pechos el amor y el celo de la justicia: y viene en pos de ellos la mala fé, interpreta á su maligno talante las espresiones, y todo lo exagera y desfigura.

Sea lo que fuere de todo esto, bien claro es que ateniéndonos á lo que dejamos firmemente asentado con respecto al origen y naturaleza del Protestantismo, no pueden señalarse como principal causa de él los abusos; y que cuando mas, pueden indicarse como ocasiones y pretestos. Si así no fuere, seria menester decir que en la Iglesia ya desde su origen, aun en el tiempo de su primitivo fervor, y de su pureza proverbial tan ponderada por los adversarios, ya habia muchos abusos; porque tambien entonces pululaban de continuo sectas, que protestaban contra sus dogmas, que sacudian su autoridad, y se apellidaban la verdadera Iglesia. Esto no tiene réplica; el caso es el mismo; y si se alegare la estension que ha tenido el Protestantismo, y su propagacion rápida, recordaré que esto se verificó tambien con respecto á otras sectas; reproduciré lo que decia san Gerónimo de los estragos del arrianismo: *Gimió el orbe entero y asombróse de verse arriano.* Que si algo mas se quisiere citar con respecto al Protestantismo, bastante se lleva evidenciado, que lo que tiene de

característico, todo lo debe, no á los abusos, sino á la época en que nació.

Lo dicho hasta aquí es bastante para que pueda formarse concepto de la influencia que los abusos pudieron ejercer; pero como este asunto ha dado tanto que hablar, y prestado origen á muchas equivocaciones, será bien antes de pasar mas adelante, detenerse todavía mas en esta importante materia, fijando en cuanto cabe las ideas, y separando lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto. Que en los siglos medios se habian introducido abusos deplorables, que la corrupcion de costumbres era mucha, y que por consiguiente era necesaria una reforma, es cierto, indudable. Por lo que toca á los siglos XI y XII, tenemos de esta triste verdad testigos tan intachables como San Pedro Damian, San Gregorio VII, y San Bernardo. Algunos siglos despues, si bien se habian corregido mucho los abusos, todavía eran de consideracion, bastando para convencernos de esta verdad los lamentos de los varones respetables que anhelaban por la reforma; distinguiéndose muy particularmente el cardenal Julian en las terribles palabras con que se dirigia al papa Eugenio IV, representándole los desórdenes del clero, principalmente del de Alemania. Confesada paladinamente la verdad, pues no creo que la causa del Catolicismo necesite para su defensa del embozo y de la mentira, resolveré en pocas palabras algunas cuestiones importantes.

¿Quién tenia la culpa de que se hubiesen introducido tamaños desórdenes? ¿Era la corte de Roma? ¿Eran los obispos? Creo que solo se la debe achacar á la calamidad de los tiempos. Para un hombre sensato bastará recordar, que en Europa se habian consumado los hechos siguientes: la disolucion del viejo y corrompido imperio romano; la irrupcion é inundacion de los bárbaros del Norte; la fluctuacion, y las guerras de estos entre sí y con los demas pueblos por espacio de largos siglos; el establecimiento y el predominio del feudalismo con todos sus inconvenientes y males, con todas sus turbulencias y desastres; la invasion de los sarracenos, y su ocupacion de una parte considerable de Europa. La ignorancia, la corrupcion, la relajacion de la disciplina, ¿no debian ser el resultado natural, necesario, de tanto trastorno? La sociedad eclesiástica ¿podia menos de resentirse profundamente de esa disolucion, de ese aniquilamiento de la so-

ciudad civil? ¿Podia no participar de los males de ese horroroso caos en que se hallaba envuelta la Europa?

¿Faltó nunca en la Iglesia el espíritu, el deseo, el anhelo de la reforma de los abusos? Se puede demostrar que no. Pasaré por alto los santos varones, que en todos aquellos calamitosos tiempos no dejó de abrigar en su seno; la historia nos los cuenta en número considerable, y de virtudes tan acendradas, que al paso que contrastaban con la corrupcion que los rodeaba, mostraban que no se habia apagado en el seno de la Iglesia Católica el divino fuego de las *lenguas del Cenáculo*. Este solo hecho prueba ya mucho; pero prescindiré de él para llamar la atencion sobre otro mas notable, menos sujeto á cuestiones, menos tachable de exageracion, y que no puede decirse limitado á este ó aquel individuo, sino que es la verdadera expresion del espíritu que animaba al cuerpo de la Iglesia. Hablo de la incesante reunion de concilios en que se reprobaban y condenaban los abusos, y se inculcaba la santidad de costumbres, y la observancia de la disciplina. Afortunadamente este hecho consolador está fuera de toda duda; está patente á los ojos de todo el mundo, bastando para convencerse de él, el haber abierto una vez siquiera algun libro de historia eclesiástica, ó alguna coleccion de concilios. Es sobremanera digno este hecho de llamar la atencion, y aun puede añadirse que quizá no se ha advertido toda la importancia que encierra. En efecto: si observamos las otras sociedades, repararemos, que á medida que las ideas ó las costumbres cambian, van modificando rápidamente las leyes; y si estas les son muy contrarias, en poco tiempo las hacen callar, las arrollan, las echan por el suelo. Pero en la Iglesia no sucedió así: la corrupcion se habia extendido por todas partes de una manera lamentable; los ministros de la religion se dejaban arrastrar de la corriente, y se olvidaban de la santidad de su ministerio; pero el fuego santo ardía siempre en el santuario: allí se proclamaba, se inculcaba sin cesar la ley; y aquellos mismos hombres ¡cosa admirable! aquellos mismos hombres que la quebrantaban, se reunian con frecuencia para condenarse á sí mismos, para afeor su propia conducta, haciendo de esta manera mas sensible, mas público el contraste entre su enseñanza y sus obras. La simonia y la incontinencia eran los dos vicios dominantes; pues bien, abrid las colecciones de los concilios, y por donde quiera los encontrareis